

replicas á la miseria desconocida. Confesarán quieren quietud y armas, si son necesarias para defenderla ó adquirirla, y tributos; empero que si los tributos los quitan el sustento, y las propias armas la quietud, que es prometer lo que les quitan, y hacer con achaque del enemigo lo mismo que él pudiera hacer; y que mas parece adelantarse con envidia de la crueldad en su ruina á los enemigos, que oponérseles. Esta malicia tercera se convence con el proceder que en el cuerpo humano enfermo tienen la calentura y la sangría: esta, evacuando la sangre, asegura la vida con lo que quita; aquella la destruye, si la guarda. Queda debilitado, mas queda; tiene ménos sangre, empero mas esperanza de vida y disposición á convalecer; quita las fuerzas, no el ser, que puede restaurarlas. Doy que (como acontece) muera asistido de las purgas y de las sangrías; empero muere como hombre, asistido de la razón, de la ciencia y de los remedios. Si se deja á la enfermedad, es desesperado; conjúrase contra sí con la dolencia, muere enfermo y delincuente. No de otra suerte, en los tributos y el enemigo, se gobierna el cuerpo de la república: donde aquellos hacen oficio de sangría ó evacuación, que sacando lo que está en las venas y en las entrañas, dispone y remedia; y este, de enfermedad, que solo puede disminuirse creciendo aquéllos con la evacuación que dispone su resistencia y contraste. Quien niega el brazo al médico y la mano al tributo, ni quiere salud ni libertad. Y como el médico no es cruel si manda sacar mucha sangre en mucho peligro, no es tirano el príncipe que pide mucho en muchos riesgos y grandes.

Verdad es lo que he dicho; mas porque no resbalen por ella ministros desbocados, que no saben parar ni reparar en lo justo, ó consejeros que se deslizan por los arbitrios (que son de casta de hielo, cristal mentiroso, quietud fingida y engañosa firmeza, donde se pueden poner los pies, mas no tenerse), — es forzoso fortalecer de justicia estas acciones, tan severa é indispensablemente, que los tributos los ponga la precisa necesidad que los pide; que la prudencia cristiana los reparta respectivamente con igualdad, y que los cobre enteros la propia causa que los ocasiona; porque poner los tributos para que los paguen los vasallos y los embolsen los que los cobran, ó gastarlos en cosas para que no se pidieron, mas tiene de engaño que de cobranza, y de invención que de imposición.

A esto miró el rey Don Enrique III cuando, importunado de los que le aconsejaban que cargase de tributos á sus vasallos, dijo: Mas miedo me dan las quejas de mis súbditos, que las cajas y los clarines y las voces de mis contrarios. Y porque no querria que conciencias vendibles se valiesen para sus robos del lugar que cité de la viuda (á quien alaba Cristo porque dió de lo que no tenia y de lo que le faltaba), quiero prevenir el ejemplo de la higuera, á quien pidió Cristo nuestro Señor fuera de sazón higos; porque los tales autorizarán con esta, y dirán es lícito pedir á uno lo que no tiene; pues á la higuera, porque no dió á Cristo lo que no tenia y la pidió cuando no lo podía tener, la maldijo, y se secó; y pretenderán que no solo se le puede á uno pedir lo que no tiene, sino maldecirle y arruinarle porque no lo da; alegando que luego se secó la higuera y se le cayeron las hojas. Señor, esto sería propiamente lo que se dice

andar por las ramas; y así lo hacen estos doctores, que á imitación de Adán quieren otra vez cubrir con hojas de higuera la vergüenza de su pecado. Téngase cuenta no sean hojas de esta higuera con las que se cubren los que aconsejan se pida á uno lo que no tiene, y que le castiguen porque no dió lo que no tenia.

Pues en este capítulo de lo que ha de pedir el rey se valen de este caso en que Cristo pidió á la higuera su fruta, es forzoso declararle, y quitarles con esto el rebozo de su malicia. Señor, Cristo pidió á la higuera el fruto que no tenia ni podía entonces tener: maldijola, y secóse. Viéronla á la vuelta los apóstoles seca; y apiadados de la higuera por constarles de su inocencia (llamémola así), compadecidos de su castigo y deseosos de saber la causa que no alcanzaban, «preguntaron admirados: ¿Cómo se secó luego?» Esto se lee en san Mateo, cap. 21; san Márcos, cap. 11. «Y como á la mañana pasasen, vieron seca de raíz la higuera; y acordándose Pedro, dijo: Maestro, ves que se ha secado la higuera que maldijiste.» Débese reparar que si Cristo pidió lo que no tenia, fué á un árbol, no á un hombre; y que siendo Cristo quien la pidió el fruto y el que la maldijo porque no le dió, el ver los apóstoles que no daba lo que no tenia, los obligó á admirarse de que la comprendiese la maldición y de que se hubiese secado, y á preguntar á Cristo por qué y la causa. De manera que aun en una higuera hizo admiración á san Pedro que fuese castigada porque no dió, pidiéndosele Cristo, el fruto que no tenia. Descabalado queda el texto para los que osaren valerse de su aplicación. Empero la respuesta del Hijo de Dios se le quitará totalmente de los ojos. «Díjoles Jesus: De verdad os digo, si tuviéredes fe y no dudáredes, no solo haréis esto con la higuera, sino si á este monte dijéredes: Levántate y arrojate en la mar, lo hará.» Señor, la higuera como higuera sentencia tenia en su favor para no secarse y que las hojas no se le cayesen, en el *Psalm.* 1 (1): «Y será como el árbol que está plantado junto á las corrientes de las aguas, que dará su fruto en su tiempo, y sus hojas no se caerán.» Luego en favor de las hojas y verdor de esta higuera habla literalmente en semejanza del justo David, pues solo estaba obligada á dar su fruto en su tiempo; y cuando se lo pidió Cristo, no lo era. Los santos dicen que en esta higuera castigó Cristo la dureza é incredulidad de la sinagoga. Así san Cirilo Jerosolimitano, *Cateches.* 13; y pruébalo san Pedro Crisólogo, en el *serm.* 106, de la higuera que no llevaba fruto. *Luc.* 13. «Tenia uno en su viña plantada una higuera, y vino á buscar el fruto, y no le halló; y dijo al cultor de la viña: Ves que há tres años que vengo á coger fruto de esta higuera, y no le hallo: córtala: ¿para qué ocupa la tierra? Mas él respondiéndole, dijo: Señor, déjala este año hasta que yo la cave al rededor y la estercole, y podrá ser lleve el fruto; si no, despues la cortarás.» Dice el santo Palabra de oro: *Merito ergo à Domino sinagoga arbori fici comparatur.* Con razón es comparada por el Señor la sinagoga á la higuera. Y mas adelante: «La sinagoga es higuera; el poseedor del árbol, Cristo; la viña en que se dijo estaba plantado este árbol, el pueblo israelítico.» Mas adelante: «Vino Cristo, y en la sinagoga no halló fruto algu-

(1) Et erit tanquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo, et folium ejus non deficiet.

no, porque toda estaba asombrada con los engaños de la perfidia.»

Previno á la sinagoga Cristo para el castigo con la semejanza de la higuera en esta parábola: dióla tiempo, vino, llegó á la sinagoga en la higuera de que escribo; pidióla fruto, no le tenia, maldijola, y secóse. Es tan malo ser símbolo de los malos, que participan de los castigos los que lo son. ¿Por qué entre los demas árboles fué escogida la higuera para este ejemplo y castigo? Quiera Dios que lo acierte á decir. Pecó Adán, y luego tuvo vergüenza de verse desnudo; vistióse y cubrióse con hojas de higuera: Arbol que cubrió al primer malhechor con sus hojas, desmúdese de ellas, cáigansele, y séquese. Cuando Cristo, que viene á satisfacer por Adán, la pide fruto, y no le tiene, sea símbolo de la sinagoga. Muchos dicen fué su fruta en la que pecó; que se comprende como las demas en el nombre de *pono*. Siguiendo esta opinion, todo este árbol está culpado, y con indicios manifiestos. Dar con que pequen, y ocasionar el pecado, y cubrir al pecador y vestirle, pena de cómplice merece: esa la dió Cristo, maldiciéndola como á la tierra, como á la serpiente. Aquellos castigos ejecutó Dios luego que pecó Adán: el de la higuera difirió hasta que vino Cristo á morir en otro madero; porque al secarse el de la higuera que lo ocasionó, sucediese el florecer el seco de la cruz que llevaba por fruto su cuerpo sacrosanto.

Resta la mayor dificultad. ¿A qué propósito, preguntando los apóstoles por qué se habia secado la higuera á quien habia pedido Cristo la fruta que no tenia, respondió Cristo: «Dígoos de verdad que si tenéis fe y no dudáis, no solo con la higuera haréis esto, sino que si á este monte decís: levántate y arrojate en el mar, lo hará?» El pecado y la dureza de la sinagoga era no tener fe ni admitirla. Ese fruto la pedía Cristo: maldicela, sécase, y dice: «Tened fe,» escarmentando en la sinagoga, que es tan poderosa que no solo secará luego á la higuera, sino que si mandáis á este monte que se eche en el mar, luego se levantará con su peso y se arrojará en él. De manera que fué la culpa de la higuera ser ántes que otro árbol símbolo de los malos y pecadores; y esto porque nadie mejor pudo representar el pecado, que aquella que le ocasionó y le dió vestido. Sacado hemos de las manos este ejemplo á los que para que se pueda pedir á uno lo que no tiene y castigarle porque no lo dió, á imitación de Adán, se visten de las hojas que á esta higuera seca se le cayeron, como él de las que tomó.

Es forzoso buscar ejemplo en que Cristo pidiese, ya que este se ha declarado. Tenémosle como hemos mencionado en el suceso de la Samaritana, donde Cristo cansado del camino la pidió agua, de que necesitaba. Oigamos el texto sagrado con diferente consideración de la que le he aplicado en su capítulo (1): Jesus fatigado

(1) Jesus ergo fatigatus ex itinere sedebat sic supra fontem. Hora erat quasi sexta. Venit mulier de Samaria haurire aquam. Dicit ei Jesus: Da mihi bibere (Discipuli enim ejus abierant in civitatem ut cibos emerent). Dicit ergo ei mulier illa Samaritana: Quomodo tu Judaeus cum sis, bibere à me poseis quae sum mulier Samaritana? non enim contantur Judaei Samaritanis. Respondit Jesus, et dixit ei: Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: Da mihi bibere: tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Dicit ei mulier: Domine, neque in quod haurias habes, et puteus altus est. (Joann. 4.)

del camino, así estaba sentado sobre la fuente. Vino una mujer de Samaria á sacar agua. Jesus la dijo: Dame de beber (sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer). Díjole aquella mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides te dé de beber, siendo yo mujer samaritana? porque no tienen correspondencia los judíos con los samaritanos. Respondióla Jesus, y díjole: Si tuvieras noticia de la dádiva de Dios, y quién es el que á tí te dice: Dame de beber,—pudiera ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua de vida. Díjole la mujer: Señor, ni tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo.»

No se lee en este caso que Cristo nuestro Señor, que pidió de beber, bebiese. Y considerando que para decir á esta mujer que trajese su marido, y descubrirla su pecado para remediarla, lo podía hacer sin estas circunstancias, me persuado que pidió de beber para dar este ejemplo á los príncipes en lo que han de pedir tan individual como se verá; y que le hizo disposición al remedio de esta mujer.

Señor, Cristo cansado del camino pidió agua; pidió con necesidad; esto es lo primero que se ha de hacer. Lo segundo, pidió agua sentado sobre la fuente, que es pedir lo que hay, y donde lo hay sobrado. Lo tercero, pidió agua á quien venia á sacar agua, á quien traía con que dar y sacar lo que se le pidiese. ¿Qué sumamente justificada demanda! Es tal, Señor, que quien la imitare dará á quien pide; y quien no la imitare, pedirá peor que el diablo: que él pidió que le hiciese de las piedras pan á quien podía hacerlo, que era el Hijo de Dios; y él pide lo propio á quien no puede. Y como en Cristo Jesus se lee el ejemplo para los reyes, en la mujer de Samaria se lee el de los vasallos que rehusan dar lo que con necesidad les piden los príncipes. Responde que cómo, siendo judío y ella samaritana, la pide de beber. Y alega fueros de diferentes naciones, y que no tienen comercio los judíos con los samaritanos. Esto, Señor, para no pagar tributos, ni contribuir á la necesidad pública y necesaria, cada día se ve. Muchas provincias me ahorran la verificación, cuando la causa de negarlo es decir: «Somos diferentes de los que contribuyen.» No se enojó Cristo porque le negó lo que la pedía con la necesidad que ella vió, y al brocal del pozo; solo la dijo «que si conociera la dádiva de Dios y á quien la pedía de beber, ella le pidiera á él, y la diera agua de vida». De manera que pidió para dar, y así se ha de pedir. Pidió Cristo agua material para dar agua de vida. Pida el príncipe tributos para dar paz, sosiego, defensa y disposición en que los vasallos puedan con aumento multiplicar lo que dieron, y aventajarlo en precio; porque pedir sin dar estas cosas, es despojar, que se llama pedir. El ejemplo enseña que es tan interesado el pueblo, que aun por no dar lo poco que se le pide, él mucho dificulta lo mismo que se le ofrece. Por eso dijo la mujer samaritana «que ni él tenia con qué sacar el agua, y que el pozo estaba hondo». Díjole Cristo, reduciéndola, el don de Dios que no conocia; y dando á la que pedía, hizo que le confesase profeta y que se acordase del Mesías, y que dijese tales palabras (2): «Sé que viene el Mesías, que se dice Cristo»; palabras que merecieron la dijese (3): «Yo soy, que soy, que hablo contigo.» No tuvo

(2) Scio quia Messias venit, qui dicitur Christus.

(3) Ego sum, qui sum, qui loquor tecum.

por indignidad justificar su persona para lo que pedía á su criatura, y le negaba. Y fué real paciencia y de Dios Hombre satisfacer á sus réplicas desconocidas. Considero yo la propiedad con que en la mujer y en la codicia de la mujer se representa la levedad, la inconstancia y la codicia del pueblo. Dos veces tuvo Cristo sed: en este pozo, y estando en la cruz. Aquí no dijo que tenía sed, y pidió de beber: en la cruz no se lee que pidiese de beber, solo dijo que tenía sed. Donde pidió de beber, se le negó la bebida; donde no la pidió, se la dieron. Creo (es reparo mío; no por eso dejará de ser á propósito y necesaria su consideración) tal sucede á los reyes, que les niegan agua si la piden y sin pedirla les dan-hiel. Previénelos Cristo Jesus, con su ejemplo y con sus obras y con sus palabras, á que satisfagan á la duda de quien les niega el agua ó tributo que piden; y á que la hiel que les dan sin pedirla, la prueben, mas no la beban. Señor, reinad sin probar hiel y amargura, no es posible.

Pasemos á lo segundo que se pregunta: «¿Si les dan, qué han de recibir, y de quién?» Han de recibir todo lo que se debe á la grandeza y decoro de su persona, y á las obligaciones del oficio de rey. Han de recibir oro, tesoros. Así lo hizo Cristo, que recibió los tesoros que le trajeron los reyes que le vinieron á adorar, en que enseñó á recibir; empero como Rey de reyes, de príncipes, de poderosos. Y estos tesoros que recibió Cristo, se los encaminó una estrella. Ha de ser, Señor, luz del cielo la que encamine tesoros al rey; no lumbré que haya abrazado á quien los tenía, primero que traídos, ó quemado la provincia para sacarlos. Este, Señor, es ministro cometa, no estrella: promete mas ruinas que aumentos.

Ha de recibir el magnífico y real tratamiento que se hiciera á su persona. Así lo enseñó Cristo Jesus con la Magdalena, admitiendo la untura de aquel precioso licor en sus pies. Quien esto murmurare es Judas y ladrón, aunque, como Judas, se arrebocó con los pobres; quien esto contradijo decía quería vender el unguento para dar á los pobres; y lo que quiso fué vender á su señor. Ya esto tiene su capítulo en esta obra.

Ha de recibir el aplauso, y aclamaciones y triunfos reales. Cristo lo enseñó en la entrada en Jerusalem, que se dice la fiesta de los Ramos, donde le bendijeron y aclamaron por el que venía en el nombre del Señor. Mas ha de advertir el príncipe que son demostraciones del pueblo: que el domingo echaron sus vestiduras para que las pisase, y el viérnes echaron suertes sobre la suya; que el domingo con fiesta le dieron los ramos, para darle el viérnes desnudo el tronco. No ha de recibir alabanzas de los mañosos é hipócritas. Cristo Jesus al que entró diciendo: «Maestro bueno», le dijo: «¿Por qué me llamas Maestro bueno?» Y díjosele porque le llamaba así, siendo él malo, y no queriendo ser bueno. Señor, este género de alabanzas en los oídos de los príncipes de la tierra son peste que les pronuncian con las palabras estos lisonjeros; son ensalmo de veneno; no dejan que el príncipe sea señor de sus sentidos y potencias; no sabe sino lo que ellos quieren, y solo eso se ve, cree y entiende. De manera que la voluntad del lisonjero le sirve de ojos, de orejas, de lengua y de entendimiento. Y pues Cristo, en quien ningún efecto de estos podía hacer la adulación, la desechó, no es menester decirlo á los que están sujetos á padecer todos estos en-

cantos y enajenaciones (pudiera llamarlos robos de su alma).

Tampoco ha de recibir unas caricias que parecen amarteladas, que se encaminan á divertirle de su oficio, cuya locucion es tal: «No es esto para vuestra majestad.» Así dijo san Pedro á Cristo, tratando de que había de morir, que era á lo que vino: *Absit à te Domine*. Como si dijera: «No es el morir para tí.» Otra letra: *Esto tibi clemens*. «Sé piadoso para tí mismo.» ¿A quién no parecerá requiebro de amante esto? Y tal era san Pedro para Cristo; empero con todo le respondió: *Vade retro post me Sathana: scandalum es mihi*. «Véte lejos de mí, Satanás, porque me eres escándalo.» Quien olvidare esto, ó no se acordare de imitarlo, no sabrá el nombre que ha de llamar, ni dónde ha de enviar, ni el escándalo que le da el ministro, que le dice: «Tenga vuestra majestad piedad de sí. Sea para sí piadoso, no trabaje tanto en despachos, no padezca tan prolijas audiencias, no se aflija con los sucesos desdichados, no se inquiete por remediarlos. Apártese esto de vuestra majestad, y todo lo que no fuere ocio y entretenimiento.» Pues, Señor, á este (llámese como quisiere) los reyes, en oyéndole estas palabras, «Satanás» le han de llamar y mandarle ir lejos; y no se ha de recibir caricia que da escándalo, que ni se ha de dar ni recibir, si es posible. El buen monarca mejor merece reverencia y amor por lo que padece por los suyos, que por lo que puede en ellos. El que hace lo que debe y lo que le es lícito, hace lo que todos desean: quien lo que se le antoja, lo que desea él solo.

El tercero punto es: «si piden á los reyes, á quién han de dar, y qué; y á quién han de negar, y por qué.» Los malos y detestables tiranos siempre fueron pródigos y perdidos, creyendo que con el afeite de las dádivas grandes cubrían la fealdad de sus costumbres; y quedando ellos pobres, á nadie hicieron rico. Tácito dice que hallaron mas pobres á aquellos á quien dió Neron mucho, que á los que se lo quitó todo. Añado que es tan pernicioso la prodigalidad de los tiranos, que empobrece su dádiva y no su robo. Lo que dan es premio de maldades: lo que quitan, envidia y venganza de virtudes; y así quedan estos con derecho á la restitución, y aquellos al castigo. Si no se mira á quién se da, más se pierde dando que perdiendo: piérdese la cosa sola que se pierde; y si no se sabe dar, se pierde lo que se dió y el hombre á quien se dió: daño muy considerable. Por esto dice el Espíritu Santo (1): «Si hicieres bien, sabe á quién le haces; y tendrán mucha gracia tus bienes.» Lo contrario dice el refran castellano: «Haz bien, y no mires á quién.» No se puede negar que estas palabras aconsejan ceguera, pues dicen que no mire. Esto quieren los que, si cuando piden los mirasen, saldrían, cuando mejor despachados, despedidos. Mírese á quién se da, y muchas veces se quitará al que pide; que si no se mira, eso es dar á ciegas.

Hay tiranos de dos maneras: unos pródigos de la hacienda suya y de la república, por tomarse para sí no solo el poder que les toca, sino el de las leyes divinas y humanas. Otros son miserables en dar caudal y dineros; y son pródigos en dar de sí y de su oficio; y pasan á consentir que les tomen y quiten su propia dignidad,

(1) Si benefeceris, scito cui feceris, et erit gratia in bonis tuis multa.

por no perder un instante de ocio y entretenimiento. De aquellos y de estos hubo muchos en el mundo, cuyas vidas aun no consintió la idolatría; cuyas muertes quedaron padrones de la infamia de aquellos tiempos. La ley evangélica ha librado á las repúblicas de estos monstruos, que son castigo de los reinos é imperios donde no la reciben para salud y vida, ó donde la han dejado, y la tuvieron los que son propiamente renegados de Dios. Cristo nuestro Señor no solo dió á todos los que le pidieron, sino dijo: «Pedid, y recibiréis.» Dió ojos, oídos, piés, manos, salud, libertad: esto á los vivos; y á los muertos vida. Dió sustento á los que necesitaban de él donde no le podían hallar. Mas es de advertir que todo esto da á los que faltaba todo esto: al ciego ojos, al sordo oídos, al tullido piés, manos al manco, al enfermo salud, al endemoniado cautivo del demonio libertad, á los muertos vida. Así se ha de dar, Señor: este es el oficio del rey, dar á los suyos lo que les falta; no darles lo mismo que tienen, para que les sobre mas ojos al que ve, mas oídos al que oye, y así en lo demás. Esto se hace cuando el príncipe da sus ojos y sus oídos á otro para que vea y oiga por él, que es añadirle oídos y ojos (cosas que tiene) cuando le da sus piés y sus manos para que obre en su lugar, que es ocasionar que digan: «Es sus piés y sus manos.» Nota que el comun modo de hablar les pone no sin grave acusación.

Ha de dar el rey premio y castigo: mejor diré, que ha de pagar el premio y ejecutar el castigo, porque son dos cosas en que el rey no ha de tener arbitrio, ni otra voluntad que las balanzas de la justicia en sí. Es gravísimo pecado el que llaman los teólogos *acceptio personarum*, «acceptación de personas». Este destierra toda justicia. Dar al delito que solo merece destierro la horca, y al que merece esta destierro, no es mayor maldad que dar el magistrado y la dignidad al que no la merece, dando al que la merece el olvido que se debía á aquel.

Ha de dar bienes temporales á los méritos y servicios que le obligan; mas ha de ser en aquella medida que lo que da no le obligue á pedir, ni á quitar á unos para dar á otros. No lo ha de dar todo á uno; que de este género de dádiva solo del diablo hay texto detestable en la tentación. No solo no ha de dar sus dos lados á uno, empero ni á dos, aunque sean parientes, y como hermanos, y su querido el uno. Cristo nuestro Señor fué el ejemplo, cuando la madre de Juan y Jacobo pidió las dos sillas de la diestra y de la siniestra en su reino para sus dos hijos (de esto traté en dos capítulos). La decisión fué: «No sabeis lo que pedis.» Y se sigue que lo es para quien lo concediere: «No sabeis lo que dais.»

Hay otro peligro casi inevitable para los príncipes, enmascarado de virtud y desinterés, tan al vivo fingido, que hay pocos que le conozcan por quien es, y que no le admitan por lo que miente. Esto es, hombres que ni piden ni reciben nada, porque aspiran á tomarlo todo. Judas fué el inventor de esta carátula. Quien le vió ni pedir sillas, ni lado, ni primero lugar, ni licencia para hacer bajar fuego del cielo sobre los que no hospedaban á Cristo, ni pedir para sí otro cargo del que tenía, que de él no se lee hurto que hiciese; que sola una vez que habló fué para que vendiéndose el unguento se diese á los pobres por arbitrio, — conocerá que la máscara de los tales son arbitrios de socorrer necesidades. Y quien

considerare que este vendió luego á Cristo, y se le echó en la bolsa, conocerá que los que se disfrazan con esta máscara no piden ni reciben, porque pretenden tomarlo todo, y echarse á su señor en la faldriquera. Estos mientras viven traen la soga arrastrando, y para morir la soga los arrastra á ellos.

No ha de dar el rey los premios y las grandes mercedes medidas por el número de los años y tiempo que le han servido; sino por calidad y peso de los servicios, por las circunstancias del lugar y de la ocasión. Dimas, ladrón toda su vida, condenado por ladrón á muerte, y con otro escogido para con sus lados infamar á Cristo puesto en medio de sus dos cruces, en breve rato mereció el reino de Dios y ser aquel día con el Hijo de Dios en el paraíso, porque apreció el verdadero Rey, el conocerle por Dios donde aun de hombre estaba desfigurado, donde el mismo que le conocía era quien mas le ayudaba á desconocer, donde no solo no estaba como Dios, sino aun como hombre delincuente y malo. Conocióse Dimas á sí, conoció á su compañero, y reprendióle; conoció á Cristo, y confesóse por Dios. Y aquel Señor, que es suma piedad y suma justicia, le dió su gracia, y su reino y su compañía á la calidad del servicio y al mérito de las circunstancias, sin mirar á la brevedad de un breve rato.

Esto, Señor, importa mucho que imiten los reyes para dar y saber dar (materia de suma importancia que se discurre en la parte primera de esta Política, cap. 14, y aquí se consumó su discurso), y premiar antes y mas el valor de los servicios que el número de los días y de los años; porque en lo moral y político se ha de contar antes lo que se vive bien, que mucho. Esto á cargo está de la vejez y de la muerte; esoto ha de ser enidado de la justicia remunerativa. No pidió Dimas merced por lo que había servido, sino sirvió para merecerla. Esto advierte que cuando á los príncipes de la tierra quien les ha servido en un cargo, por aquella razon pide le hagan merced, se advierta que si pidió por merced el primero cargo que alega, no es otra cosa sino pedir le hagan merced porque se la hicieron, y hacerse acreedor de lo que debe, y deudor suyo al príncipe que es su acreedor.

CAPITULO X.

Con el rey ha de nacer la paz; esa ha de ser su primero bando. Con quien habla la paz; por qué se publica por los ángeles á pastores. Que nace obedeciendo quien nace á ser obedecido. (Luc. 2.)

Exiit edictum, etc. «Publicóse edicto de César Augusto para que se numerase el orbe universo, por lo cual subió José, de Galilea de la ciudad de Nazareth, en Judea, á la ciudad de David que se llama Bethlehém, porque era de la casa y familia de David, para registrarse con María su mujer (con quien estaba desposado), preñada. Sucedió que estando allí se cumplieron los dias del parto, y parió su hijo primogénito. Y los pastores estaban velando en aquella region, y guardaban las vigilijs de la noche sobre sus rebaños. Y veis que el ángel del Señor estuvo junto á ellos, y la claridad de Dios resplandeció en su contorno. Y luego se juntó con el ángel multitud de milicia celestial alabando á Dios, y diciendo: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Es tan noble y tan ilustre la paz, que tiene por solar el cielo. Que descende de él, se ve en los ángeles que bajaron del cielo á publicarla en la tierra á los hombres. Estos en paz imitan vida de ángeles; la tierra pacífica, estado de bienaventuranza. Tan apetecible es la paz, que siendo tan detestable la guerra, se debe hacer por adquirir paz en la religion, y en la conciencia, y en la libertad justificada de la patria. Hay paz del mundo, y paz de Dios; por eso dijo Cristo: «Yo os doy mi paz, no la que da el mundo.» En el mundo se usa mucha paz de Júdas, enmascarada con el beso de su boca. Las señas de esta son que se padece y no se goza; que se ofrece y no se da. Nadie presume que no se le atreverá esta mala paz cara á cara, pues cara á cara se atrevió á Cristo, rey de gloria.

Señor, el ministro que aconseja que para conservar en paz los vasallos, los despojen, los desuellen y los consuman, ese Júdas es, y la suya paz de Júdas: con la boca mas chupa sanguijuela, que besa reverente. Destruir los pueblos con achaque de que los enemigos los quieren destruir, es adelantar los enemigos, no contrastarlos ni prevenirlos. Es no dejarlos que hacer ni qué deshacer. Hubo paz universal en el mundo cuando nació Cristo, porque nació la paz universal del mundo. Publicóse por edicto de César Augusto, que el orbe todo se numerase. Nació Jesús en esta obediencia, y fué obediente hasta la muerte, desde el vientre de su Madre, ántes de nacer, y naciendo. En la obediencia está la paz de todas las cosas: á Dios primero, á la razon y á la justicia. No hay guerra sin la inobediencia á una de estas tres cosas, á que persuaden otras tres, impiedad y pecado, apetito, soberbia ambiciosa. Nace obedeciendo quien solo debe ser obedecido, y no obedecerá quien solo nació para obedecer? Toda la vida de Cristo fué paz. Nace, y luego la publican los ángeles; enseña y encarga la paz á sus discípulos, y enviala con ellos á todos. Va á morir; y al despedirse, repetidamente les da su paz y les deja su paz. Solo el que se atrevió á arriar su boca á su cara, el que le acarició con el beso, el que tenía á cargo la bolsa de su apostolado, despreciando la paz de Cristo, dió á Cristo la de Júdas.

Dice el texto sagrado, que los ángeles que publicaron la paz á los hombres, se aparecieron á los pastores que velaban guardando las vigiliás de la noche. Señor, mérito y disposicion fué en los pastores el hacer bien su oficio, el no dormir por defender sus ovejas, y el velar porque los lobos, que velan por hacer guerra á sus ganados, no se la hiciesen. Por esto se les aparecieron los ángeles, y los anunciaron la paz. El sueño es puerta abierta á la guerra y á la eizaña; el desvelo á la paz y seguridad.

Nace Cristo rey; mas nace á ser rey pastor, y á enseñar á los reyes que su oficio es de pastores. San Juan le llamó «Cordero de Dios», y le señaló y dió á conocer por Cordero; mas el mismo Cristo, pastor se llamó, y dijo era pastor: *Ego sum pastor bonus*: Yo soy buen pastor. No puede haber mejor disposicion para ser pastor de corderos, que ser cordero y pastor. Uno y otro quiere que sean los reyes, porque sabrán, siéndolo, gobernar y guardar los que lo son. No solo no es poco nombre el de pastor para el rey, mas sacrosanto por el ejemplo de Cristo; sino es el solo nombre de toda la obligacion de su oficio. Esto aun la mas anciana gentilidad lo cono-

ció; el mas sublime espíritu de la idolatría, que fué Homero, lo enseña (1): «Mas á Agamenon Atrides, pastor de los pueblos, no ocupaba el dulce sueño.»

Señor, segun Cristo nuestro Señor, el buen pastor ha de conocer á sus ovejas, y ellas le han de conocer á él. De otra manera ni sabrá las que tiene, ni las que le faltan, ni el pasto y regalo ó la cura que han menester. El pastor ha de tener perros que guarden el ganado; mas él ha de velar sobre el ganado y los perros; que si deja al solo albedrío de los mastines los rebaños, como son guarda no ménos armada de dientes que los lobos, ni de mas bien inclinada hambre, ellos los guardarán de los lobos; mas, como lobos, para sí. Señor, el descuido del pastor hace lobos de los perros, si su oreja no atiende á los ladridos, y sus ojos al balido de las ovejas. Oso afirmar que el pastor que duerme y no vela sobre su ganado, ni guarda las vigiliás de la noche, él propio es lobo de sus hatos. Si no habria hombre tan perdido que averiguando que el pastor de sus ovejas, por consumir la noche y el día en sueño y juegos, renunciaba su oficio en sus perros, no le quitase su hacienda, ¿cómo se presumirá que Cristo nuestro Señor (suma sabiduría, y que como buen pastor ama sus ovejas mas que todos) no quitará el cuidado de ellas al pastor que no supiere de su ganado sino lo que preguntare á los perros, á quien él lo encomendó; que para ser peores que lobos, solo faltaba á su hambre y sus dientes, su descuido? De un rey que Dios eligió á su corazon y llamó varon suyo, se leen estas palabras en el *Psalm. 77* (2): «Elegió á David su siervo, y sacóle de los rebaños de las ovejas; escogióle cuando seguia á las que estaban preñadas, para que apacentara á Jacob su siervo, y á Israel su heredad. Y apacentólos en la inocencia de su corazon, y guiólos en los entendimientos de sus manos.» La version hebrea rigurosa vuelve: «Apacentólos por la integridad de su corazon, y encaminólos con la industria de su virtud.» Y lo mismo, aunque con mas palabras, en su paráfrasi el Campense.

Señor, espero será agradable á la piedad y desvelo real de vuestra majestad este lugar y las consideraciones con que le aplico. Misterio tiene decir que á David, rey y profeta, le sacó Dios de guardar ovejas. Legítimo noviciado para ser rey es ser pastor. Grande misterio enseña añadir: «Escogióle cuando seguia á las ovejas preñadas.» Señor, el preñado de las ovejas es el aumento del ganado; por eso escogió Dios á David de pastor para rey, porque andaba tras el aumento de su ganado; y entonces mereció que le escogiese, cuando asistia al aumento. Ya nos ha dicho el salmo cómo era pastor, y cómo por saberlo ser mereció ser rey por la eleccion de Dios: veamos si siendo rey dejó de ser pastor. El mismo salmo dice que fué pastor siendo rey: «Escogióle de pastor para que apacentase á Jacob su siervo, y á Israel su heredad. Y apacentólos en la inocencia de su corazon

(1) *Verum non Atridem Agamemnonem Pastorem populorum Somnus tenebat dulcis.*

(Iñad., lib. x., et Odis. iii en la version de Joan Spondana.)

(2) *Et elegit David servum suum, et sustulit eum de gregibus ovium: de post foetantes accepit eum, pascere Jacob servum suum, et Israel hereditatem suam. Et pavit eos in innocentia cordis sui: et intellectibus manuum suarum deduxit eos. (Versículos 70, 71 y 72.)*

CAPITULO XI.

Cómo fué el precursor de Cristo, rey de gloria, ántes de nacer y viviendo; cómo y por qué murió; cómo preparó sus caminos, y le sirvió y dió á conocer, y cómo han de ser á su imitacion los que hacen este oficio con los reyes de la tierra. (*Marc. 1.*)

Ecce ego mitto, etc. «Ves que envío mi ángel delante de tu cara, que preparará tu camino delante de tí. Voz del que clama en el desierto: Aparejad los caminos al Señor, haced derechas sus sendas. Estuvo Juan en el desierto, bautizando y predicando bautismo de penitencia y perdon de los pecados.»

Mucho debe de importar al rey el buen criado y ministro que le ha de servir y darle á conocer, preparar sus caminos y enderezar sus sendas; pues los dos evangelistas, san Marcos y san Lucas, empiezan la vida de Cristo nuestro Señor por la concepcion de san Juan Bautista, en que respandece tan misteriosa providencia del cielo; y san Juan (llamado el Evangelista) empieza su evangelio, y despues de la soberana teologia del Verbo, trata de este criado, diciendo: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*: «Fué un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyesen por él. No era él la luz.»

Señor, hombre ha de ser el ministro del rey; por eso dijo: *Fuit homo*: «fué un hombre»; mas ha de ser enviado de Dios; así lo dice el texto sagrado: *Missus á Deo*: «enviado de Dios», en que se excluye el introducido por maña, por malicia, por ambicion, ó por otros cualesquier medios humanos que violentan las voluntades de los príncipes. «Enviado de Dios,» excluye escogido por el monarca de la tierra; porque su eleccion suelen ganarla con lisonjeros ardidés los que llaman atentos, siendo encantadores, é interesar su política halagüena.

Dice: «A dar testimonio de la luz.» Esto le excluye de ciego, tenebroso, y anochecido, y enemigo del día y de la luz. Añade que ha de ser «para que crean todos por él»; mas no en él, sino en el Señor por él.

Dice «que él no era luz»: cláusula muy importante. Es muy necesario, Señor, escribiendo de tales ministros, referir lo que no son junto á lo que deben ser. Si el criado es luz, será tinieblas el príncipe. No ha de ser tampoco tinieblas; que no podría dar testimonio de la luz. Del Bautista dice el Evangelista, «que no era luz»; y de Cristo, rey y señor: *Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem*. «Era luz verdadera que alumbrá á todo hombre.» Esta diferencia es del Evangelio. Medio hay entre no ser luz y no ser tinieblas; que es ser luz participada, ser medio iluminado. De san Juan dice el Evangelio: «El no era luz;» quiere decir la luz de las luces, la luz de quien se derivan las demas; que los ministros se llaman luz, y lo son participada del Señor. Cristo dijo á sus ministros y apóstoles: *Vos estis lux mundi*: «Vosotros sois luz del mundo.» Ha de ser el ministro luz participada: no ha de tomar la que quiere, sino repartir la que le dan. Ha de ser medio iluminado, para que la majestad del príncipe se proporcione con la capacidad del vasallo. Visible es el campo y el palacio; potencia viva hay en el ojo; empero si el medio no está iluminado, ni el sentido ve, ni los objetos son visibles: uno y otro se debe al medio dispuesto con claridad.

y en los entendimientos de sus manos.» Con la palabra apacentar con que habló del ganado, habla de Jacob y de Israel. Mas dice: «Los apacentó en la inocencia de su corazon y en los entendimientos de sus manos.» Señor, apacentólos con la inocencia de su corazon, no con la malicia del ajeno. Y aquella palabra ó frase tan extraordinaria: «Con los entendimientos de sus manos,» el Espíritu Santo la dió á nuestra *Vulgata*. Hay reyes que rigen sus reinos con los entendimientos de las manos ajenas, ó con sus manos gobernadas por los entendimientos de otras manos. Estos no son pastores, sino ovejas de aquellos que con sus entendimientos gobiernan sus manos. Estos no son reyes, sino regidos de las manos, que dan sus entendimientos á aquellos á quien ellos dan mano. Sin salir de David, confiesan estos su castigo, *Eclesiástico*, 49 (1): «Si no fueron David, y Ezequias, y Josias, todos cometieron pecado; porque dejaron los reyes de Judá la ley del Altísimo y despreciaron el temor de Dios: dieron su reino á otro y su gloria á gente extraña.» Señor, todos los que no gobiernan con los entendimientos de sus manos, como hizo David, dan con sus manos sus reinos á otros; y este es el pecado que acusa en los reyes el *Eclesiástico*.

Los reyes son vicarios de Dios en la tierra: con este nombre los llama Calimaco en el *Himno á Jove*, y Homero lo mismo. Luego si Cristo fué pastor, ellos que son sus vicarios deben ser pastores; y á su imitacion, «buenos pastores.» El mismo Homero, *Odysea III*, los llama «Teotephres, instituidos por Dios», ó (como Favirino lo declara) «discípulos de Dios»; porque en griego *trophae* es alimento del alma, como la leche de los niños, y la comida del cuerpo. Bien lo enseña Cristo, rey de los reyes, que tiene á los reyes por discípulos; pues para enseñarlos á ser pastores, la primera lecion de la paz y de las vigiliás la dió á los pastores; y luego despachó una estrella por los reyes, para que le viniesen á adorar como á Dios y á oír como á maestro. Permitted que viniesen por camino que topasen con Heródes, rey lobo (Cristo le llamó raposa), rey que gobernaba no con los entendimientos de sus manos, sino con los de los piés de una ramera bailadora. Mas en viendo á Cristo aprendieron de él, como reyes discípulos de Dios, á volver por otro camino, á no entrar en el de Heródes. No conocerá el rey sus ovejas ni ellas le conocerán, si no las ven, si no le ven, si no las da sal, si no las apacienta, si no las encamina con sus manos. El pastor que ni ve, ni guía, ni toca á sus ovejas, sea pastor, sea rey pastor, de él se habla con el propio lenguaje que de los ídolos (*Psalm. 134, vers. 16 y 17*): «Boca tienen, y no hablarán; ojos tienen, y no verán; oídos tienen, y no oirán, porque no hay espíritu en su boca.» Sigase, pues se sigue consecutivamente en el salmo, la maldicion á los que hacen ídolos y á los que hacen estos ídolos, que siendo vivos, son mas muertos: «Sean semejantes á ellos los que los hacen y todos los que confían en ellos;» pues no es ménos infernal invencion hacer ídolos los hombres, que hacer á los troncos y á las piedras ídolos.

(1) *Præter David, et Ezechiam, et Josiam omnes peccatum commiserunt: nam reliquerunt Legem Altissimi Reges Juda, et contempserunt timorem Dei. Dederunt enim Regnum suum alijs, et gloriam suam alienigenae genti.*

Ha de ser el buen ministro luz encendida; mas no se ha de poner ni sepultar debajo del celemin, para alumbrar sus tablas solas y sus tinieblas, sino sobre el candelero: disposicion es evangélica. Ha de ser vela encendida, que á todos resplandece y solo para sí arde; á sí se gasta, y á los demas alumbra. Mas el ministro que para todos fuese fuego, y para sí solo luz que alumbrándose á sí consumiese á los otros, sería incendio, no ministro. El Bautista sirvió á su Señor de esta manera: enseñóle y predicóle: fué medio iluminado para que le viesen y siguiesen; alumbró á muchos y consumióse á sí. Al contrario, Heródes consumió los inocentes, y cerró su luz debajo de la medida de sus pecados, que fueron Herodías y su madre. Como cierran la llama, hallan el celemin que la pusieron encima, con mas humo que claridad, y mas sucio que resplandeciente. Ninguna prerogativa ha de tener el ministro que la pueda atribuir á la naturaleza, ni á sus padres, ni á sí, sino á la providencia y grandeza del Señor, porque no le enferme la presuncion. El Bautista fué hijo de esterilidad ultimada, para ser fertilidad y para hacer fecundos los corazones estériles. Fué voz, mas hijo del mudo. Pierde la voz Zacarías para engendrarla, para que no pueda atribuir á la naturaleza lo uno, ni á su padre lo otro. Es muy conveniente que el ministro, que ha de ser voz del señor, descienda de mudo, porque sabrá lo que ha de decir y lo que ha de callar. Así lo hizo san Juan en lo que habia de decir, cuando dijo: «Veis el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo?» en lo que habia de callar, cuando preguntándole maliciosamente los judios quién era, dijo «que no era profeta», siendo profeta y mas que profeta; en lo que no habia de callar, cuando á Heródes le dijo: «No te es licito casar con la mujer de tu hermano.» Tanto importa que el ministro diga lo que no se ha de callar, como decir lo que se debe, y callar lo que no se debe decir.

Fué el Bautista voz. Señor, eso ha de ser el ministro. La voz es formada, y dala el ser quien la forma. Es aire articulado, poco y delgado ser por sí sola. Mas ha de ser voz que clame en el desierto. De sí lo dijo san Juan: «Yo soy voz del que clama en el desierto.» El ministro que con la multitud del séquito que puebla su poder, deja la majestad de su señor con desprecio de sus vasallos deshabitada, ese no es voz del que clama en el desierto, sino rumor que grita y roba en poblado; y su príncipe mudo, y su palacio yermo.

Pasemos á ver cómo vivió este ministro que envió Dios. Comia langostas. ¡Oh señor! suplico á vuestra majestad atiende á la sustancia y salud de este alimento. Los ministros de los reyes no han de comer otra cosa sino langostas. Este animal consume las siembras, destruye los frutos de la tierra, introduce la hambre y esteriliza la abundancia de los campos; destruye los labradores, y remata los pobres. El alimento del ministro han de ser estas langostas: estas ha de comer, no las cosechas, no los frutos de la tierra, no los labradores, no los pobres. Ha de comer, Señor, á los que se los comen y los arruinan; porque yo digo á vuestra majestad que el ministro que no come esta langosta, es langosta que consume los reinos.

Vestia pieles de camellos, no de vasallos. ¡Por qué de camellos, y no de lobos, osos ó leones, que han sido vestidura y blason de emperadores y varones heroicos?

Atrévome á responder: porque estos animales son feroces, crueles y ladrones. No ha de vestir el ministro piel que le acuerde de uñas y garras, de crueldad y robos. Seda y paño y telas hay que rebozan estas pieles. Conviene que vista el ministro piel de camello (que no solo le acuerde de servir trabajando, sino de trabajar con humildad y respeto, de rodillas), animal que se baja para que le carguen, que humilla su estatura para facilitar el trabajo de quien le carga con el suyo, que tiene desarmadas sus grandes fuerzas para ofender ni con las manos, ni con la cabeza, ni con los dientes. Esta piel no solo es vestido, sino gala; no solo gala, sino recuerdo, y consejo y medicina. Esta cubierta defiende como fieltro, abriga y honra al que la trae, y al reino.

Dijo el Angel «que en el día de su nacimiento se alegrarian todos». Esta promesa, como las demas, bien cumplida se ve en todas las naciones. ¿Quién no se alegra y hace fiestas al día en que nació ministro que come langostas, que viste pieles de camellos, que es voz del que clama en el desierto? Y por el contrario, ¿quién no maldice el día en que nació aquel ministro que á su rey hace voz en desierto, que es langosta en vez de comerlas, que viste pieles de vasallos, de leon, de lebo y de oso? El santísimo Bautista tenia discípulos: enviólos á consultar á su Señor, y á preguntarle. El ministro ha de preguntar y consultar á su príncipe.

Lo que tocaba á Cristo era bautizar en el Espíritu Santo, y quitar los pecados del mundo, el apartar el grano de la paja, y quemar la paja. Dijo «que el que habia de venir despues de él era mas fuerte que él, y que no merecia desatar la correa de su zapato». En ninguna cosa de las que pertenecian á la soberanía de Cristo, su Señor y nuestro, puso la mano, ni se introdujo en ella. Y enseñó no solo á respetar al rey recién nacido, sino al rey antes de nacer. La niñez de los monarcas engaña el orgullo de los descaradamente ambiciosos, que, fiados en la menor edad, hacen y los hacen que hagan cosas de que cuando los asiste madura edad se avergüenzan, se arrepienten y se indignan.

Vino Cristo á san Juan para que le bautizase; y reconociendo el gran Bautista la majestad de su Señor, dice el texto sagrado (1): «Mas Juan se lo prohibia, diciendo: ¿Yo debo ser bautizado de tí, y tú vienes á mí?» Las visitas del rey al criado las ha de extrañar el criado; no disponerlas y solicitarlas, ha de intentar prohibirlas. Este respeto era heredado de santa Elisabet, su madre, y la respuesta fué la misma casi. Ella, cuando visitada en su preñado de la Virgen y madre de Cristo, la dijo (2): «¿Por dónde merezco que venga á mí la madre de mi Señor?» Verdad es que cuando santa Elisabet dijo estas palabras, san Juan no era nacido y habitaba en las entrañas de su madre; mas no se puede negar que en el vientre de su madre estaba atento, pues dice san Lucas (3): «Ves que luego que oyeron mis oídos la voz de tu salutación, en mi vientre con el gozo se alegró la criatura.» A esta reverencia y respeto aun antes de nacer, han de estar atentos los criados con su señor, los ministros con su rey. Replicó san Juan á Cristo, cuando vino

(1) Joannes autem prohibebat eum, dicens: Ego à te debet baptizari, et tu venis ad me?

(2) Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?

(3) Ecce enim ut facta est vox salutationis tuæ in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo.

á que le bautizase, y Cristo le respondió con grande amor y blandura (1): «Obedece ahora, que así conviene que cumplamos toda justicia.» Movido del propio respeto y reverencia de criado, replicó san Pedro á la propia majestad divina cuando le quiso lavar los pies (2): «¿Señor, tú me lavas los pies?» Respondió Cristo (3): «Lo que yo hago no lo sabes ahora, mas sabráslo despues.» Replicó san Pedro (4): «No me lavarás los pies eternamente.» Púedese replicar al señor y al príncipe una vez; mas diciendo el señor al ministro que no entiende lo que hace, que despues lo entenderá, ya ocasiona severa respuesta. Dijo Cristo (5): «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.» Severísima fué esta amenaza. Bien conoció san Pedro su rigor, pues dijo (6): «Señor, no solo mis pies, sino mis manos y mi cabeza.» Todo lo enseña el Evangelio: á replicar el criado al señor una vez, y á responder al que replica dos con amenaza, y á librarse de ella, ofreciendo al rey que pide los pies, no solo los pies, sino las manos y la cabeza. La fe de san Pedro era tan sublime y fervorosa, que le dictaba siempre determinadas y magníficas palabras, como fueron: «No me lavarás los pies eternamente. Y si conviniere que muera contigo, no te negaré.» Negó luego tres veces á Cristo, y escarmiento de manera, que preguntándole Cristo tres veces despues de resucitado: *Petre, amas me?* «¿Pedro, amasme?»—amándole con amor tan grande no osó decir que sí, y todas tres veces le respondió: *Tu scis, Domine*: «Tú lo sabes, Señor.»

Murió el gran Precursor y ministro escogido por no dejar de decir al rey Heródes lo que él no debía hacer. ¡Oh Señor, cuánto conviene mas que muera el ministro por haber dicho al rey lo que no debe callar, que no que muera el rey porque le calla lo que le debía decir!

Sacra, católica, real majestad, dé Dios á vuestra majestad ministros imitadores del Bautista: que sean medios iluminados y voz del que clama en desierto; que vistan pieles de camellos, y no de leones y lobos; que coman langostas, y no sean langostas que coman los pueblos; que contradigan las grandes mercedes antes que solicitarlas; que digan lo que no han de callar, y no callen lo que deben decir.

CAPITULO XII.

Enseñase, en la anunciacion del ángel á nuestra señora la Virgen Maria, cuáles deben ser las propuestas de los reyes, y con cuál reverencia han de recibirse los mayores beneficios. Cómo es decente y santa la turbacion; y en qué no se ha de temer. (Luc. cap. 1.)

Missus est Angelus, etc. «Fué enviado de Dios el ángel Gabriel á la ciudad de Galilea cuyo nombre es Nazareth, á la Virgen desposada con el varón llamado José, de la casa de David; y era el nombre de la Virgen Maria. Y entrando el Angel, dijola: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. La cual, como lo oyese, se turbó en su razonamiento, y meditaba cuál fuese esta salutación. Y dijola el Angel: No temas, Maria, porque hallaste gracia en Dios.»

Quiso el Padre eterno que su Hijo, antes de nacer y

(1) Sine modo: sic enim decet nos implere omnem justitiam.

(2) Domine, tu mihi lavas pedes?

(3) Quod ego facio, tu nescis modo: scies autem postea.

(4) Non lavabis mihi pedes in æternum.

(5) Si non laveris te, non habebis partem mecum.

(6) Domine, non tantum pedes meos, sed et manus, et caput.

de encarnar, enseñase y diese doctrina á los reyes de la tierra. Este amor tan grande y tan prevenido, Señor, debemos los hombres acogerte en nuestros corazones con reverencia humilde, con reconocimiento agradecido, con ansiosa obediencia para su imitacion.

Trajeron las semanas profetizadas el tiempo para ejecutar el alto é inefable decreto que para la redencion del mundo habia establecido aquella junta de tres Personas, en unidad de esencia, trinidad inefable, unidad trina en personas; y determinó el Padre eterno de enviar su Hijo á tomar carne humana, y el Espíritu Santo con su obra disponerlo. Y siendo esta la mas soberana, y para la siempre Virgen Maria la merced mas suprema escogerla para Madre de Dios, envia aquel soberano Señor (á quien la pluralidad de tres personas no divide la unidad de monarca único de cielos y tierra) al ángel Gabriel á que anuncie su decreto á la preservada y escogida Virgen reina de los ángeles, para que dé su consentimiento y se efectúe tan soberana y misteriosa Encarnacion. Y siendo tan excesivamente mayor el poder y majestad del Criador con su criatura, que del rey con el vasallo, aun para hacer á la Virgen Maria reina de los ángeles y su Madre, la merced mas suprema que pudo hacerla, envió por su consentimiento.

¿Cómo dejarán los monarcas de la tierra de pedir el de los súbditos, que les dió el gran Dios con este ejemplo, no para hacerlos merced, sino para deshacerlos? Viene Dios á tomar de su criatura carne humana, para endiosarla, y que sea la que se la da Madre del mismo Dios, y aguarda á que su criatura diga que se haga su voluntad; y los señores de la tierra ¿de sus pueblos tomarán á su pesar lo que han menester para vivir? Todo se debe á la justa y forzosa necesidad de la república y del príncipe; mas para que el servicio sea socorro y no despojo, no basta que el monarca pida lo que ha menester, sino que oiga del vasallo lo que puede dar. Tasan mal estas cosas los que aconsejan que se pidan, y luego las ejecutan; porque con tales ejecuciones socorren antes su ambición y codicia, que al reino ni al rey. Señor, de todos los caudales que componen la riqueza de los principes, solo el de los vasallos es manantial, y perpetuo: quien los acaba, antes agota el caudal del señor, que le junta. El Espíritu Santo dice «que la riqueza del rey está en la multitud del pueblo». No es pueblo, muy poderoso Señor, el que yace en rematada pobreza: es carga, es peligro, es amenaza; porque la multitud hambrienta ni sabe temer, ni tiene qué; y aquel que los quita cuanto adquirieron de oro y plata y hacienda, los deja la voz para el grito, los ojos para el llanto, el puñal y las armas. Para tomar Dios de su criatura un vestido humano, que eso fué el cuerpo, envia un ángel que se lo pida y que aguarde su respuesta, que satisfaga á las dificultades que se le ofrecieren; como fué decir la Virgen: «¿Cómo se obrará esto? porque no conozco varón;» y que la asegure turbada. El texto dice: «La cual, como lo oyese, se turbó.» No pueden los reyes enviar ángeles por ministros; mas pueden y deben enviar hombres que imiten al ángel en aguardar la respuesta, en quitar la turbacion y el miedo: no hombres que imiten al demonio en no oír, en dar horror, y turbacion y miedo. Si de lo mucho que se pidiese se da lo poco que se puede, es dádiva fecunda que luce y aprovecha. Y al vasallo le sucede lo que á la vid, que quitán-